

Alejandro Grimson*

➤ Fronteras e identificaciones nacionales: diálogos desde el Cono Sur

1. Introducción

“Frontera” ha devenido un concepto clave en los relatos y explicaciones de los procesos culturales contemporáneos. Los análisis –económicos o simbólicos– de la llamada “globalización” se refieren, una y otra vez, a los límites, los bordes, las zonas de contacto. Sin embargo, el concepto de frontera permanece difuso tanto en cierta retórica diplomática como en gran parte de los ensayos sociales y estudios culturales. Justamente, una de sus características es la duplicidad: “frontera” fue y es simultáneamente un objeto/concepto y un concepto/metáfora. De una parte parece haber fronteras físicas, territoriales; de la otra, fronteras culturales, simbólicas.

Una parte de los nuevos procesos y problemas que proliferaron en los estudios socio-culturales durante la década del 90 fue conceptualizada a través de términos como identidades, fronteras, territorios. Esos términos se convirtieron en “metáforas comodines”, útiles para hacer referencia a las más variadas dimensiones y situaciones. La expansión de esos usos metafóricos se combinó en ciertos casos con una perspectiva que enfatizaba excesivamente la textualidad de “lo real” y la estética de lo social, muchas veces en detrimento de analizar conflictos de intereses que se expresaban no sólo en identificaciones políticas, sino también en políticas de identidad. En diversas regiones del mundo, nuevas formas de agrupamiento, así como la reaparición o el fortalecimiento de otras más antiguas, expresan luchas contra la desigualdad y por los derechos de la diferencia. A través de estos procesos, algunos conceptos centrales para comprender nuestra época se convirtieron en problemas –“no problemas analíticos, sino movimientos históricos que todavía no han sido resueltos” (Williams 1980: 21)–. Cuando esto sucede “no tiene sentido prestar oídos a sus sonoras invitaciones o a sus resonantes estruendos” (*ibid.*), ya que esa resonancia no es más que una convocatoria a la reproducción de un cierto saber, de una cierta práctica, de un cierto campo.

Williams (1983; 1980) proponía, en esas situaciones de crisis, trabajar no sólo sobre la etimología, sino en la historia social de la semántica. En nuestro caso (y aquí el plural de la primera persona, como se verá, es más que un artilugio enunciativo¹), elegimos

* Alejandro Grimson es profesor en la Universidad de Buenos Aires. Autor de *Relatos de la diferencia y la igualdad: los bolivianos en Buenos Aires (1999)*, *Audiencias, cultura y poder (en co-autoría con Mirta Varela, 1999)*, *Interculturalidad y comunicación (2000)*, *La nación en sus límites. Contrabandistas y exiliados en la frontera Argentina-Brasil (2003)* y editor de *Fronteras, naciones e identidades. La periferia como centro (2000)*.

¹ Ver la compilación de etnografías de zonas de frontera en el Cono Sur en Grimson (2000b).

otro camino: en lugar de concentrarnos en los significados históricos, buscamos hacerlo –si se me permite decirlo– en uno de sus “referentes”. Es decir, en lugar de hacer un estudio sobre el término “frontera”, pretendimos realizar una diversidad de estudios sobre zonas fronterizas. En lugar de realizar una historia semántica, hicimos una historia territorial, relacional, sociocultural de espacios fronterizos específicos. En lugar de apelar a la historia de las ideas, apelamos a la etnografía. Se trata de una entrada complementaria (no contrapuesta) a la de Williams, para analizar esos conceptos/problemas.

En la segunda mitad de los años 90 a varios etnógrafos nos resultaba potencialmente productivo avanzar en el estudio del problema “fronteras” como constitutivo del problema “identidades”, es decir, de los movimientos históricos que estaban implicados en ellos. El dilema era cómo enfrentar esas investigaciones con fuerte base empírica para que, aunque en un futuro pudiésemos contribuir a las concepciones metafóricas sobre fronteras, nuestros aportes consiguieran quebrar nuestras propias visiones etnocéntricas. Considerábamos muy riesgoso hablar constantemente de “fronteras” sin conocerlas. En ese marco, y sin un plan armónico de los diferentes trabajos, diversos investigadores decidimos concentrar nuestros estudios en zonas limítrofes entre Estados nacionales.

No se trataba, por cierto, sólo de tematizar las fronteras estatales y, aunque había un fuerte énfasis empírico que valoramos, no se trataba tampoco de empirismo. Más bien, se trató de *ir* a las fronteras estatales con una perspectiva abierta que permitiera detectar y comprender no sólo la multiplicidad y mixtura de identidades, sino también sus distinciones y conflictos. No sólo las combinatorias transfronterizas, sino también las lógicas locales de disputas interfronterizas. Ir a las fronteras para mostrar la contingencia e historicidad del límite no implicaba enfatizar exclusivamente su porosidad y sus cruces, sino también las luchas de poder, los estigmas persistentes y nuevas formas de nacionalismo. En ese sentido, las fronteras políticas ofrecían un terreno, un territorio, especialmente productivo, no sólo porque allí convivían poblaciones que supuestamente adscribían a nacionalidades diferentes, sino también porque eran espacios con peculiar interés e intervención del poder estatal.

2. México-Estados Unidos: ¿un paradigma de las fronteras o un nuevo etnocentrismo?

Hace varios años la frontera de México-Estados Unidos había condensado una gran parte de la imaginación acerca del contacto de “culturas”. El sentido de la frontera era disputado no sólo por los diversos grupos que habitan a cada uno de sus lados, sino también por perspectivas teóricas divergentes. Sobre aquella frontera han surgido imágenes contradictorias y hasta inconmensurables: desde los migrantes mexicanos perseguidos por la “migra” –como ícono de la desigualdad y la represión– hasta mestizos y mestizas híbridos –como símbolo de multiculturalidad, cuando no de posmodernidad–.

El “cruce de fronteras”, sin embargo, devino una sinécdoque que da cuenta de la sociedad inestable y difusa de “fin de siglo” y del inicio de un nuevo milenio. Gloria Anzaldúa, al decir de Rosaldo, “celebra el potencial de las fronteras para la apertura de nuevas formas de entendimiento humano” (Rosaldo 1991: 197).

The new *mestiza* –dice Anzaldúa–, copes by developing a tolerance for contradictions, a tolerance for ambiguity. She learns to be an Indian in Mexican culture, to be Mexican from an

Anglo point of view. She learns to juggle cultures. She has a plural personality, she operates in a pluralistic mode – nothing is thrust out, the good the bad and the ugly, nothing rejected, nothing abandoned (Anzaldúa 1999: 101).

Rosaldo, en su abierto desafío a la concepción uniformizante de la antropología, ha hecho hincapié en las fronteras como espacio de mezcla y multiplicidad: “Los espacios creativos de transculturación se centran junto con las fronteras literales y figuradas, donde la ‘persona’ se entrecruza en identidades múltiples” (1991: 197). En su derrotero por mostrar la dinámica de los procesos culturales, parece realizar una gran generalización que abarca a todas las fronteras, las territoriales y las metafóricas. Este énfasis insistente en el carácter poroso, ambiguo, híbrido de las fronteras, a veces parece olvidar por qué se las sigue llamando así: límite, diferencia, frente de batalla, separación, discontinuidad.

“No todas las fronteras son reductibles a un mismo tipo de metáfora”, apunta García Canclini (2001: 22). La frontera de México-Estados Unidos son muchas fronteras, con poblaciones e historias singulares. Esa heterogeneidad, que se multiplica cuando incluimos otras regiones del mundo, tiende a ser anulada por miradas generalizantes y deshistorizadoras. Una de las mayores generalizaciones, que vacía de sentido histórico a las fronteras, afirma que todas las fronteras son separación y unión al mismo tiempo. En determinados contextos históricos y en ciertas regiones pueden señalarse tendencias más o menos generales sobre las fronteras. Así, en cada caso empírico, esas dos características de toda frontera se encuentran ordenadas y jerarquizadas. Hay fronteras más permeables que otras; hay momentos de mayor militarización de los cruces; hay personas que cruzan con facilidad, mientras otras son humilladas y perseguidas.

Por una parte, sólo se puede pretender dividir una entidad, territorio o población, que se encontraba unido. Por otra parte, una vez que se transforman en sentido común las fronteras son concebibles como punto de contacto sólo porque hay un límite que separa dos entidades que, de algún modo y por alguna razón, continúan comprendiéndose como diferentes.

El estudio de las fronteras requiere escapar a las versiones estáticas y homogéneas de culturas unitarias. Sin embargo, poco valor tendrá esa ruptura si se pretende aplicar un modelo de ambigüedad y multiplicidad al conjunto de las fronteras. Primero, porque las fronteras son muy diversas, por lo tanto no hay una homogeneidad de la hibridación; segundo, ese mismo modelo debe ser discutido incluso para la frontera México-Estados Unidos (Vila 2000a y 2000b; Heyman 1994); tercero, y quizás lo más importante, porque el estudio de la frontera en sí plantea un desafío a cualquier noción estática, uniforme y no relacional de cultura e identidad, en la medida en que debería incorporar a su perspectiva analítica no sólo la mezcla “cultural”, sino la alianza y el conflicto social y político.

La incógnita es cómo es posible que, por ejemplo, Heyman (1994), Kearney (1991) o Vila (2000a) hablen de la misma frontera que Martínez (1994). En la versión de Martínez², por ejemplo, los fronterizos serían algo así como la encarnación del paradigma

² Martínez afirma que los “fronterizos transnacionales” son agentes de la construcción de puentes y de una simbiosis que atraviesa la frontera, promoviendo una asociación íntima entre dos sociedades nacionales. “It is core borderlander who adheres most to the notion that boundary should be perceived not as a barrier but as a bridge to a greater human contact, not as a divider but as a unifier of different styles of life, not as a symbol of rejection but as one of acceptance” (1994: 305).

multicultural. En contraste, Heyman advierte del riesgo de que la “idea fácil” de que “en la frontera, dos lados son iguales a un híbrido” (1994: 47) reemplace el análisis e impida percibir tanto la desigualdad estructurante de poder entre las poblaciones y los Estados, así como las identificaciones fuertemente distintivas. No hay “suficiente etnografía o testimonio en la frontera para afirmar que es experimentada a través de una subjetividad o identidad híbrida; la evidencia limitada que tenemos indica que la subjetividad de los mexicanos fronterizos continúa siendo fuertemente mexicana” (*ibíd.*).

La metáfora del “cruzador de fronteras”, bicho del mestizaje, devino una de las metáforas preferidas de la teoría social posmoderna. La concepción de las culturas puras (con fronteras claras), que marcaron una parte significativa de los estudios clásicos, ha llegado a su fin. El problema es que la nueva conceptualización reemplazó de modo terminante la organización por el desorden, la pureza por el sincretismo y la frontera por su cruce. Y que colocó el énfasis en la mezcla al mismo tiempo que el control de la frontera se hacía más rígido y nuevas leyes afectaban los derechos de los migrantes. Vila (2000a y 2000b) muestra –en contraposición a la teoría dominante sobre frontera en Estados Unidos– que el “reforzador de fronteras” no es exclusivamente el Estado, sino un conjunto de agentes sociales entre quienes pueden incluirse en muchos contextos a los méxico-americanos que apoyan el “cierre de fronteras”.

Estas cuestiones son más importantes aún cuando la frontera entre México y Estados Unidos parece haberse constituido en un laboratorio en el cual se realizan estudios desde las más diversas perspectivas, postulándose como paradigma interpretativo de todas las fronteras políticas. Algunos investigadores de la frontera México-Estados Unidos (o de *las fronteras*) sostienen que los estudios realizados en esa zona constituyen modelos para el análisis de las más diversas fronteras políticas (por ejemplo, Martínez 1994: xviii) y una subespecialidad de la antropología. Por ejemplo, Alvarez titula su trabajo “The Mexican-US Border: The Making of an Anthropology of Borderlands” (1995) pasando por alto una extensa historia teórica y empírica. En su perspectiva, una antropología *de* la frontera, empíricamente situada en la frontera de Estados Unidos-México, puede contribuir a cuestiones más generales de la antropología. La frontera de México y Estados Unidos ha sido “llevada al status de caso paradigmático” y, aunque existen

centenares de fronteras políticas en el mundo, la idea de las zonas fronterizas como un área de estudio se origina en el trabajo realizado por científicos sociales en la frontera política de México-Estados Unidos. Sostengo aquí que esta frontera se ha convertido en el ícono y el modelo para la investigación en otras fronteras, así como para la elaboración y el refinamiento de las fronteras de diversos conceptos importantes y sus referentes (1995: 449).

Esto se acerca demasiado a un nuevo etnocentrismo. La cuestión es si la frontera de México-Estados Unidos puede constituirse en el caso paradigmático de la mayor parte de las fronteras o si, por el contrario, el interés de su estudio radica en su extrema particularidad: se trata de la frontera con mayor estructura de desigualdad conocida en el mundo contemporáneo. Desde nuestra perspectiva, justamente porque “ninguna otra frontera en el mundo exhibe la desigualdad de poder, económica y en la condición humana como ésta” (Alvarez 1995: 451), su estudio resulta fundamental, aunque difícilmente esa frontera pueda ser –como pretende Alvarez– “el modelo de los estudios de frontera y géneros fronterizos a través del mundo” (*ibíd.*).

Las articulaciones y desajustes entre diferencia y desigualdad son una de las claves de la frontera. Cuando las aduanas y la “migra” aceitan cotidianamente una maquinaria de producción de desigualdad no parece llamativo que sobre ésta se encastren las diferencias. Hay diferencia *por* desigualdad cuando el lenguaje de las identificaciones utiliza la sintaxis de la exclusión. En ese caso, la utopía es la que apunta Sáenz: “chicano” expresa desigualdad y, por ello, es “una identidad que sólo espera el día en que ya no sea necesaria” (2003: 113). Esa es la frontera que lleva la desigualdad hasta el límite.

Para pensar las fronteras políticas entre los Estados latinoamericanos es necesario al mismo tiempo considerar los aportes realizados por múltiples estudios fronterizos e inscribirlos en una historia social diferente. El desafío de estudiar fronteras donde el límite político y simbólico actúa a pesar de que no se sustenta en una impresionante maquinaria de desigualdad exigirá repensar y crear herramientas conceptuales. Así, existen más que dudas acerca de que el modelo de la frontera “paradigmática” sea útil para pensar las tierras fronterizas de Bolivia y Paraguay. Un ejemplo más sutil: Alvarez afirma que “la frontera es un artefacto moderno, impuesto en un campo social con una historia que se remonta a las tempranas intervenciones humanas en el área” (1995: 463). Es evidente que está pensando en “su” frontera, pero la afirmación es de carácter general y universal. Entonces, surgen dos problemas: hay fronteras no estatales —como las *nuer-dinka* estudiadas por Evans-Pritchard (1992)— que constituyen límites que implican transacciones y conflictos, pero no son artefactos modernos impuestos; las fronteras políticas, artefactos modernos, parece que no siempre fueron impuestas siguiendo el modelo México-Estados Unidos, sino que en otras ocasiones fueron construidas en la articulación de los Estados centrales y las poblaciones locales como en el caso de los Pirineos orientales de España-Francia (Sahlins 1989 y 2000).

Sostener que los estudios fronterizos nacieron en la frontera entre México y Estados Unidos implica borrar una extensa historia de investigación social. Allí sólo tuvo origen un estilo, una perspectiva peculiar de concebir a las fronteras cuyo énfasis se encuentra más en los contactos interculturales que en los grupos sociales, y en el cruce y la mezcla antes que en el conflicto. Una historia de los estudios sobre fronteras debe remontarse mucho más atrás (Evans-Pritchard 1992, Barth 1976).

3. Heterogeneidad de las fronteras

También los estudios sobre las fronteras de Europa, África y Asia (Donnan/Wilson 1994; Wilson/Donnan 1998) nos indicaban que las fronteras del mundo son muy heterogéneas e irreductibles las unas a las otras. No sólo son diversas las relaciones interestatales, sino también los vínculos entre las sociedades fronterizas y sus Estados nacionales. Cada Estado ha constituido un vínculo peculiar con la nación, el territorio y la población. En las fronteras, los peculiares entramados socioculturales de uno y otro país entran en contacto.

Así, comenzamos a pensar las fronteras del Cono Sur reapropiándonos de conceptos pensados no sólo en relación a México-Estados Unidos, sino a las fronteras de otras zonas del mundo. Y, más importante aún, desarrollamos nuestros trabajos de campo y nuestros análisis dentro de perspectivas comparativas. Esas lecturas y los primeros estudios mostraban que cada zona fronteriza, en el proceso histórico de su propia delimita-

ción y en el proceso social de renegociación y conflictos constantes, conjuga de un modo peculiar la relevancia de la acción estatal y de la población local. Por ejemplo, en la frontera franco-española parece haber un contraste entre el caso de los Pirineos occidentales (con una fuerte intervención estatal, analizada por Douglass 1998), y la activa participación local en los Pirineos orientales (analizada por Sahlins 1989). Sahlins, frente a una visión teórica reiteradamente victimizadora de las poblaciones locales (no sin razones, por supuesto), muestra que los pobladores fronterizos pueden y deben ser vistos como agentes de su propia historia (en circunstancias, evidentemente, que no han elegido). Aunque de hecho existe una asimetría estructural entre ellos y sus respectivos Estados, es ingenuo suponer que las poblaciones estaban unidas y viviendo en armonía cuando las fronteras, de pronto, cayeron sobre ellas. En Cerdeña la frontera divide a una población que hablaba la misma lengua y apelaba a tradiciones comunes; y que, sin embargo, se involucró activamente y fue determinante en su propia división.

En el Cono Sur, aunque no conozcamos casos tan extremos, recién comienza a asumirse el desafío de pensar como “agentes fronterizos” a los jesuitas de las reducciones, a los guaraníes, a los *bandeirantes*, a los *fazendeiros* riograndenses y a muchos otros sectores sociales que tuvieron un papel relevante —a través de sus propios éxitos y sus fracasos, como la Guerra Guaranítica de mediados del siglo XVIII— en la construcción de las fronteras políticas en el Cono Sur. Si el proceso de construcción y definición de las fronteras políticas no se agota en las acciones de estos actores locales, ya que los respectivos Estados tuvieron un papel clave, tampoco puede comprenderse la propia acción estatal sin analizar sus complejos vínculos con los actores sociales en las fronteras (Grimson 2003a).

La relevancia de estos problemas históricos surgió de nuestro propio trabajo etnográfico sobre los procesos socioculturales en las fronteras contemporáneas (Gordillo 2000; Grimson 2000a; Escolar 2000; Karasik 2000; Vidal 2000). Comenzamos a concebir el estudio antropológico de las comunidades fronterizas como, simultáneamente, el análisis de la vida cotidiana del Estado, de las poblaciones y de las relaciones entre ambas. Y comenzamos a comprender que la cultura cruza fronteras que las identificaciones reproducen y refuerzan.

Un ejemplo: en las ciudades de La Quiaca y Villazón, ubicadas en la frontera entre Argentina y Bolivia, se realiza una fiesta de carnaval con trajes idénticos. En el año 2000, por escasez de especialistas, sólo había trajes hechos en Villazón, Bolivia, para un solo grupo de bailarines. Cuando los argentinos cruzaron a Villazón y compraron los trajes de diablos, dejaron a los bolivianos sin trajes para su carnaval. Esto provocó un escándalo en la frontera, ya que fue considerado por los bolivianos como un “robo de cultura” (Karasik 2000). Las dos poblaciones realizan la misma fiesta. Pero nadie imaginó entonces que puedan realizarla conjuntamente. Eso podrá ser un deseo de antropólogos. Para los pobladores locales, en cambio, la frontera constituye y limita su imaginación.

4. Los estudios latinoamericanos: frontera, nación y Estado

Al sur de México, el caleidoscopio de las fronteras no encuentra un eje en el contacto entre primer y tercer mundo. Investigar las fronteras y comprender sus sentidos para la gente del lugar implica suspender los presupuestos etnocéntricos, sean estos los deriva-

dos de la geopolítica estatal, sean los diversos romanticismos populistas. Debe comprenderse que, al analizar y revelar conflictos sociales y simbólicos entre grupos fronterizos y ciudades vecinas, pretendemos saber de dónde partimos para la construcción de eventuales alianzas, entendiendo que una comunidad de intereses puede ser considerada menos como un hecho presente que como algo a ser creado. Es necesario reconocer los efectos sociales y culturales del largo proceso de construcción de los Estados nacionales latinoamericanos y comprender los sentidos prácticos de la nacionalidad para los sectores sociales que habitan las fronteras.

En América Latina no podría afirmarse que “la frontera, ese producto de un acto jurídico de delimitación, produce la diferencia cultural *tanto* como ella misma es el producto de esa diferencia” (Bourdieu 1980: 66). Más bien la frontera produce esa diferencia *mucho más* de lo que es producto de ella. Hay innumerables espacios poblados donde las diferencias sólo son producidas por la frontera y todo lo que ella implica: sistemas escolares, regimientos militares, medios de comunicación, condición de estar afectados por una economía y una política “nacionales” (en un territorio hay crisis económica o represión política, mientras en el otro no). Y donde la frontera potencial o real es percibida como herramienta de una posible mejora de la condición de vida que, por lo tanto, puede valer la pena mantener para sectores locales. Sahlins (1989) ha mostrado que tampoco en el caso franco-español la frontera es producto de una diferencia cultural. En un espacio en el cual los habitantes hablaban la misma lengua y tenían una cultura compartida, las identificaciones distintivas fueron producidas localmente a partir de las disputas de intereses que llevaron a instituir la frontera política. Las identificaciones políticas produjeron distinciones que no se asentaban en características culturales.

Prácticamente no hay fronteras en América Latina que coincidan con alguna diferencia cultural anterior a la colonización. Esto es tan impactante que ha llevado al engaño de creer que esa no coincidencia de distinciones culturales y límites territoriales llegaría incólume hasta nuestros días. Pero la instauración de la frontera es una transformación del marco de significaciones y acciones de esas poblaciones, sin mencionar aquellas otras que fueron dirigidas a “colonizar” los límites de las patrias. Así las cosas, la frontera —como institución territorial de Estados que se pretenden naciones, de instituciones y fuerzas sociales que se reclaman culturas— es la “línea de base” de la producción de diacríticos más que un resultado de alguna objetividad cultural previa. Es de intereses y relaciones de fuerza entre grupos y ejércitos que surgen las fronteras. Y desde allí las distinciones son creadas y reproducidas. El error, tan grave como corriente, consiste en creer que porque son construidas, creadas o artificiales sean menos poderosas.

En el proceso histórico de largo plazo puede notarse cómo algunas fronteras que efectivamente “sólo existían en los mapas” fueron constituyéndose a través de la intervención del Estado y, en algunas ocasiones, de poblaciones locales, como marcadores territoriales de nuevas distinciones políticas y culturales. Mientras algunas fronteras nunca salieron de los mapas (un ejemplo paradigmático fue Tordesillas), otras se hicieron palpables. Una enorme cantidad de territorios se fronterizaron. Esto es parte constitutiva de la vida cotidiana de los fronterizos, pero también de la cosmovisión y de una diversidad de prácticas de todos los habitantes y ciudadanos.

Estos análisis tienen implicancias en los modos en que concebimos los procesos de globalización y de regionalización, tanto “desde arriba” como “desde abajo”. Así, cualquier proyecto que busque constituir alianzas transnacionales debe partir de la constata-

ción de la doble vida de lo nacional en la América Latina contemporánea. Por una parte, lo nacional constituye un marco de la experiencia histórica que, como tal, es una condición clave de la producción de sentidos (Grimson 2003b). Por otra parte, la frontera nacional instituye poderosamente límites efectivos de la imaginación política.

Bibliografía

- Alvarez, Robert (1995): "The Mexican-US Border: The Making of an Anthropology of Borderlands". En: *Annual Review of Anthropology*, 24, pp. 447-470.
- Anzaldúa, Gloria (1999): *Borderlands/La frontera. The New Mestiza*. San Francisco: Aunt Lute Books.
- Barth, Fredrik (1976): "Introducción". En: *Los grupos étnicos y sus fronteras*. México: Fondo de Cultura Económica, pp. 9-49.
- Bourdieu, Pierre (1980): "L'identité et la représentation. Éléments pour une réflexion critique sur l'idée de région". En: *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, 35, pp. 63-72.
- Donnan, Hastings/Wilson, Thomas M. (eds.) (1994): *Border Approaches. Anthropological Perspectives on Frontiers*. Lanham/London: University Press of America/Anthropological Association of Ireland.
- Douglass, William A. (1998): "A Western Perspective on an Eastern Interpretation of where North meets South: Pyrenean Borderland Cultures". En: Wilson, Thomas/Donnan, Hastings (eds.): *Border Identities*. Cambridge: Cambridge University Press, pp. 62-95.
- Driessen, Henk (1998): "The 'new immigration' and the transformation of the European-African frontier". En: Wilson, Thomas M./Donnan, Hastings (eds.): *Border Identities: Nation and State at International Frontiers*. Cambridge: Cambridge University Press, pp. 96-116.
- Escolar, Diego (2000): "Identidades emergentes en la frontera argentino-chilena". En: Grimson, Alejandro (ed.): *Fronteras, naciones e identidades: la periferia como centro*. Buenos Aires: CICCUS-La Crujía, pp. 256-277.
- Evans-Pritchard, Eduard E. (1992): *Los nuer*. Barcelona: Anagrama.
- García Canclini, Néstor (1990): *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. México: Grijalbo/Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- (2001): "Introducción a la nueva edición". En: *Culturas híbridas*. Buenos Aires: Paidós, pp. 13-33.
- Gordillo, Gastón (2000): "Canales para un río indómito. Frontera, estado y utopías aborígenes en el noroeste de Formosa". En: Grimson, Alejandro (ed.): *Fronteras, naciones e identidades: la periferia como centro*. Buenos Aires: CICCUS-La Crujía, pp. 232-255.
- Gordillo, Gastón/Leguizamón, Juan Martín (2002): *El río y la frontera: movilizaciones aborígenes, obras públicas y MERCOSUR en el Pilcomayo*. Buenos Aires: Biblos.
- Grimson, Alejandro (2000a): "El puente que separó dos orillas". En: Grimson, Alejandro (ed.): *Fronteras, naciones e identidades: la periferia como centro*. Buenos Aires: CICCUS-La Crujía, pp. 201-230.
- (ed.) (2000b): *Fronteras, naciones e identidades: la periferia como centro*. Buenos Aires: CICCUS-La Crujía.
- (2003a): *La nación en sus límites. Contrabandistas y exiliados en la frontera Argentina-Brasil*. Barcelona: Gedisa.
- (2003b): "La nación después del (de)constructivismo". En: *Nueva Sociedad*, 184, 33-45.
- Hannerz, Ulf (1996): *Conexiones transnacionales: cultura, gente, lugares*. Madrid: Cátedra.
- Heyman, Josiah (1994): "The Mexican-United States Border in Anthropology: A Critique and Reformulation". En: *Journal of Political Ecology*, 1, 1, pp. 43-65.

- Hirsch, Silvia (2000): "Misión, región y nación entre los guaraníes de la Argentina". En: Grimson, Alejandro (ed.): *Fronteras, naciones e identidades: la periferia como centro*. Buenos Aires: CICCUS-La Crujía, pp. 278-298.
- Karasik, Gabriela (2000): "Tras la genealogía del diablo. Discusiones sobre la nación y el estado en la frontera argentino-boliviana". En: Grimson, Alejandro (ed.): *Fronteras, naciones e identidades: la periferia como centro*. Buenos Aires: CICCUS-La Crujía, pp. 152-184.
- Kearney, Michael (1991): "Borders and Boundaries of State and Self at the End of Empire". En: *Journal of Historical Sociology*, 4, 1, pp. 52-73.
- López, Claudia (2001): *Ticunas brasileiros, colombianos y peruanos: etnicidad y nacionalidad en la región de fronteras del alto Amazonas/Solomões*. Tesis de doctorado en antropología, CEPPAC-UnB, Brasilia.
- Martínez, Oscar (1994): *Border People. Life and Society in the U.S.-México Borderlands*. Tucson/London: University of Arizona Press.
- Rosaldo, Renato (1991): *Cultura y verdad. Nueva Propuesta de análisis social*. México: Grijalbo.
- Sáenz, Benjamín (2003): "En las zonas fronterizas de la identidad chicana sólo hay fragmentos". En: Michaelson, Scott/Johnson, David (comps.): *Teoría de la frontera*. Barcelona: Gedisa, pp. 87-114.
- Sahlins, Peter (1989): *Boundaries. The Making of France and Spain in the Pyrenees*. Berkeley: University of California Press.
- (2000): "Repensando Boundaries". En: Grimson, Alejandro (ed.): *Fronteras, naciones e identidades: la periferia como centro*. Buenos Aires: CICCUS-La Crujía, pp. 41-49.
- Vidal, Hernán (2000): "La frontera después del ajuste". En: Grimson, Alejandro (ed.): *Fronteras, naciones e identidades: la periferia como centro*. Buenos Aires: CICCUS-La Crujía, pp. 185-200.
- Vila, Pablo (2000a): *Crossing Borders, Reinforcing Borders: Social Categories, Metaphors, and Narrative Identities on the U.S.-Mexico Frontier*. Austin: University of Texas Press.
- (2000b): "La teoría de frontera versión norteamericana: una crítica desde la etnografía". En: Grimson, Alejandro (ed.): *Fronteras, naciones e identidades: la periferia como centro*. Buenos Aires: CICCUS-La Crujía, pp. 99-120.
- Williams, Raymond (1980): *Marxismo y literatura*. Barcelona: Península.
- (¹⁰1983): *Keywords. A Vocabulary of Culture and Society*. New York: Oxford University Press.
- Wilson, Thomas M. (2000): "Nación, Estado y Europa en la frontera de Irlanda del Norte". En: Grimson, Alejandro (ed.): *Fronteras, naciones e identidades: la periferia como centro*. Buenos Aires: CICCUS-La Crujía, pp. 121-138.
- Wilson, Thomas M./Donnan, Hastings (eds.) (1998): *Border Identities: Nation and State at International Frontiers*. Cambridge: Cambridge University Press.